

SANTA TERESA DE JESÚS REFORMADORA II

Nadie puede poner en duda que Santa Teresa de Jesús es la verdadera Reformadora del Carmen, después que el Papa Eugenio IV en 1431, a instancias de la misma Orden, acordó la mitigación de la Regla, y que es este uno de los títulos más gloriosos para nuestra Santa, que tantos reúne para ser considerada como un astro de primera magnitud en la Iglesia de Dios.

Santa Teresa de Jesús, dice un sabio escritor de nuestros días, fue uno de los ingenios más grandes de su siglo: reformadora del Carmelo; doctora en las vías más sublimes de la vida mística; escritora llena de elevación, de luz y de vida; dotada del don de profecía, poderosa en obras y en palabras, a quien la Iglesia honra como una Santa de las más esclarecidas por sus milagros, su doctrina y sus virtudes, y los monasterios de la Reforma la aclaman por su seráfica Madre.

Santa Teresa de Jesús es Reformadora, en verdad, santísima y perfectísima, porque empezó la Reforma por sí misma. Teniendo delante de sus ojos el ejemplo y vida de su Esposo y divino modelo de Jesucristo, empezó por obrar lo que después había de enseñar: Coepit facere et docere. Esta es cualidad esencial de todos los Reformadores santos: no dicen ni mandan a otros: haced, sino hagamos, yendo ellos siempre delante con el ejemplo.

Por eso todas las reformas de los Santos duran y perseveran con frutos de bendición, porque son reformas que llevan el espíritu de Dios. Y así fue la Reforma de Santa Teresa de Jesús.

Oigamos a la Santa Reformadora : *«Venida a saber los daños de Francia de estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, fatiguéme mucho, y como si yo pudiera algo, o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que vía perder. Y como me vi mujer y ruin, e imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos; y aun determiné hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese.»*

Admírase en este trozo de la Santa Reformadora su profunda humildad y modestia, cuando llama hacer poquito el seguir la guarda de los consejos evangélicos, y no de cualquier modo, sino con toda la perfección que ella pudiese. ¿Puede exigirse más por Dios nuestro Señor a las almas más santas y privilegiadas que la guarda de los consejos evangélicos con toda la perfección que puedan? Pues eso llama la magnánima Reformadora hacer un poquito. Además se ve cómo la Santa empezó primeramente por hacer eso poquito que yo puedo y es en mí , y después que hubo hecho eso poquito de seguir los consejos evangélicos con toda perfección posible, determinó procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo.

He aquí, lector querido, un modelo de Reformadora, al cual todos podemos y debemos imitar. Hagamos, si no es eso poquito que hizo la esforzada Santa, a lo menos otro poquito por cumplir, no ya los consejos evangélicos, sino nuestros respectivos deberes. Meditemos seriamente sobre nuestra vida, y veremos mil puntos, mil cosas que debemos reformar. Manos a la labor, que urge esta reforma en bien nuestro. Menos palabras y más obras; menos lamentos y más oraciones; menos quejas y tal vez murmuraciones del prójimo, y más enmienda de la propia vida, y habremos dado un gran paso en la verdadera reforma social.

Hagamos primeramente lo poquito o mucho que podemos y está en nosotros, y luego procuremos que otros hagan lo mismo, y el mundo cada día se irá reformando y se disminuirán los vicios y pecados.

Este es el ejemplo santísimo que nos da la celestial Reformadora Santa Teresa de Jesús, y este será sin duda el mejor obsequio que podemos ofrecerle para probarle nuestro amor.

Texto original de Enrique de Ossó